Chincol

Zonotrichia capensis

Guillermo Egli
AVESCHILE
guillermoegli@gmail.com

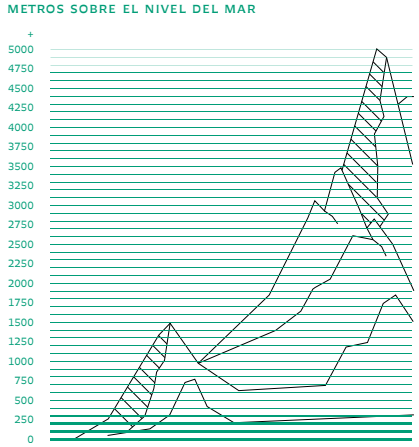
Rodrigo A. Vásquez
INSTITUTO DE ECOLOGÍA Y BIODIVERSIDAD (IEB)
LABORATORIO DE ECOLOGÍA DEL COMPORTAMIENTO (LECS)
UNIVERSIDAD DE CHILE (UCH)
rvasquez@uchile.cl

El Chincol tiene un amplio rango de distribución geográfica, encontrándose desde el sur de México hasta el Cabo de Hornos; la especie habita en ambos hemisferios (Ridgely y Tudor 2009) y probablemente tiene origen en Centroamérica (Lougheed *et al*. 2013). En Chile, existen cinco subespecies reconocidas del Chincol. La subespecie *chilensis* vive en una gran cantidad de ambientes diferentes, desde el nivel del mar hasta la alta cordillera (Poblete *et al*. 2018), frecuentando además las zonas urbanas (Ruiz *et al*. 1995). En el norte, las subespecies *peruviensis* y *antofagastæ* se destacan por las líneas negras de la cabeza más oscuras, mientras que *sanborni* es habitante de los parajes cordilleranos desde Atacama hasta el valle del Yeso, y la subespecie *australis* se encuentra en los Andes centrales y en la zona sur. Sin embargo, no existen estudios detallados sobre la estructuración genética de estas subespecies (véase Lougheed *et al*. 2013). La distribución total descrita para el Chincol se encuentra bien representada en el mapa propuesto por este Atlas, estando ausente principalmente en el desierto absoluto (aunque presente en oasis) y aparentemente en los fiordos del sur de Chile.

En cuanto a su distribución altitudinal, se ha propuesto desde el nivel del mar hasta los 4.000 MSNM (Ridgely y Tudor 2009) o hasta los 4.500 MSNM (Jaramillo 2003). En el Atlas fue encontrado hasta los 4.500 MSNM. No se conocen bien sus migraciones, pero los individuos de Farellones aparentemente no se mueven largas distancias durante el invierno (Poblete *et al*. 2018); para otras poblaciones en Chile sus movimientos son un misterio, aunque en Argentina algunas poblaciones migran cientos de kilómetros (Ortiz y Capllonch 2011).

El Chincol habita en diversos tipos de ambientes, desde zonas hiperáridas (González-Gómez *et al*. 2013, Merril *et al*. 2015) hasta altas altitudes y/o latitudes (Addis *et al*. 2013, Poblete *et al*. 2018), lo cual se ve expresado en su alta variabilidad para enfrentar condiciones ambientales muy variadas (véanse Sabat *et al*. 1998, Wingfield *et al*. 2008, van Dongen *et al*. 2010, Maldonado *et al*. 2012, Addis *et al*. 2013, Lougheed *et al*. 2013, Poblete *et al*. 2018). Para sobrevivir en ambientes tan distintos se ha detectado que, por ejemplo, la especie presenta una alta plasticidad termorregulatoria (Novoa *et al*. 1990).

Su nido lo coloca en el suelo o en un arbusto a relativamente poca altura (Housse 1945). Tiene forma de tacita o canastito, y está construido con ramas pequeñas, fibras vegetales, pastos y hasta musgos, con el interior acolchado con plumas pequeñas de diferentes aves. Sus dimensiones son de unos 7 cm aproximadamente de diámetro exterior, y unos 3 a 4 cm de diámetro interior. En este nido, el Chincol coloca de 2 a 4 huevitos de 17 a 23 mm de alto y de 13 a 16 mm de ancho, de color blanco con tono azul o verdoso pálido y con manchas o pintitas café-rojizas, generalmente solo en torno a la parte superior (G. Egli *obs. pers.*). En el matorral esclerófilo de la zona central de Chile se han detectado densidades promedio de 26,4 nidos/hectárea (Lazo y Anabalón 1992), lo cual no ha sido estudiado en otros sectores.



Su calendario reproductivo varía a lo largo de todas sus poblaciones. Según los datos de este Atlas, en los valles y zonas bajas de las regiones de Arica y Parinacota, Tarapacá, Antofagasta y Atacama se encontraron indicios de reproducción confirmada (construcción de nidos, nidos con huevos, alimentación de volantones) durante todo el año, lo cual concuerda con la sobreposición encontrada por Merril *et al*. (2015) en Arica entre la muda y la reproducción; en la precordillera de dichas regiones, en cambio, solo se detectaron volantones entre diciembre y febrero, por lo que la temporada podría ser más corta. En la zona centro, desde la Región de Coquimbo hasta O'Higgins, aparentemente la actividad reproductiva comenzaría en julio, cuando los machos comienzan a realizar sus cantos reproductivos, y los primeros volantones siendo alimentados por sus padres fueron detectados a mediados de agosto, estando hasta febrero. Esta diferencia con los valles de la zona norte podría ser producto de una estacionalidad más marcada. No existe información suficiente entre las regiones del Maule y Aysén, pero en Magallanes la temporada se extendería entre octubre, cuando algunas parejas comienzan a construir su nido, hasta febrero cuando alimentan a sus volantones. En una temporada reproductiva el Chincol puede llegar a anidar hasta tres veces consecutivas (Housse 1945).

Como en los oscinos en general, parte del canto es aprendido, lo cual ha generado notorias variaciones geográficas en algunos de sus atributos (Notebohm 1969), incluso perceptibles para el oído humano. Esto ha generado numerosos estudios como el de García *et al*. (2015), quienes encontraron que en un mismo sector de Buenos Aires los atributos del canto se han mantenido estables en los últimos 24 años; también existe influencia del hábitat sobre estos atributos (Handford 1981). Además, es una de las pocas especies de passeriformes que cantan también de noche (Egli 1971, Lougheed y Handford 1989).

El Chincol se alimenta de semillas e insectos, cambiando sus preferencias tróficas de acuerdo con la disponibilidad de recursos (López-Calleja 1995). Sin embargo, y pese a ser una de las especies más comunes del país, no se conoce en detalle su dieta a lo largo de su distribución.

La depredación de adultos es mencionada por diversos autores (Housse 1937, Greer y Bullock 1966, Justo y De Santis 1982, Jiménez y Jaksic 1988, Jiménez y Jaksic 1989[b], Lazo y Anabalón 1992, Jiménez 1993, Noriega *et al*. 1993, Teta *et al*. 2001, de la Peña 2002, Figueroa y Corales 2004, Imberti 2005[b], Figueroa y Corales 2005, Figueroa y González-Acuña 2006, Trejo *et al*. 2006[b], Vargas *et al*. 2007, Santillán *et al*. 2010). Por otra parte, una de las razones más comunes de fracaso de sus nidos es el parasitismo reproductivo por parte del Mirlo común (*Molothrus bonariensis*). Para la zona central de Chile, Lazo y Anabalón (1992) encontraron una sobrevivencia del 43% de los volantones.

Dado que esta especie es abundante y se encuentra en gran parte de los ambientes del país, no se consideran necesarias medidas específicas para su protección.

